

Prólogo de Andrés Iniesta

SERGIO LOZANO

Y LLORENÇ TARRÉS

Goles y cicatrices



geoPlaneta



Prólogo de Andrés Iniesta

SERGIO LOZANO **Y LLORENÇ TARRÉS**

Goles y cicatrices

SERGIO LOZANO – Goles y cicatrices

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2024

© Textos: Sergio Lozano y Llorenç Tarrés, 2024

© del prólogo: Andrés Iniesta, 2024

© Imágenes del cuaderno de fotografías: tal como se indica en cada una

Diseño de cubierta: Júlia Gaspar

ISBN: 978-84-08-28629-5

Depósito legal: B. 1.083-2024

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain – Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



SUMARIO

Prólogo, por Andrés Iniesta	11
Capítulo 1. Otra vez aquí	13
Capítulo 2. <i>Crack</i>	17
Capítulo 3. Empieza mi partido	31
Capítulo 4. La pasión gana a la presión	41
Capítulo 5. La Sala	51
Capítulo 6. La perspectiva del dolor	55
Capítulo 7. Soledad	61
Capítulo 8. Disfrutar el camino	67
Capítulo 9. Tiempo muerto	77
Capítulo 10. El templo	85
Capítulo 11. Mi otro currículum	97
Capítulo 12. La llamada	105
Capítulo 13. La espina de la selección	115
Capítulo 14. Un café con Rocío	125
Capítulo 15. Lo que Antequera me quitó	137
Capítulo 16. Sensaciones renovadas	147
Capítulo 17. Dispuesto a todo	157
Capítulo 18. Visualización	165
Capítulo 19. Cuento contigo	173
Capítulo 20. Resiliencia	185
Capítulo 21. El sueño	191
Agradecimientos	195
Epílogo, por Llorenç Tarrés	201

CAPÍTULO I

OTRA VEZ AQUÍ

Barcelona, 14 de abril del 2023

No tengo miedo.

Muchos de vosotros ya conoceréis mi historia, mi palmarés e incluso mi forma de ser. A otros quizás simplemente os sonarán mi nombre o mi trayectoria deportiva. Y algunos lectores no habréis visto nunca un partido de fútbol sala y puede que no sepáis nada sobre mí. Da igual, sea como sea, si tienes estas páginas en tus manos, solo debes saber esto antes de empezar a leer: no, no tengo miedo en absoluto.

Me he roto tantas veces que ya me veo capaz de dominarlo.

En un par de horas volveré a pasar por el quirófano, en esta ocasión para operarme de la rotura del ligamento cruzado anterior de mi rodilla derecha. Sí, ¡otra vez el maldito LCA! Ya son cuatro lesiones graves en la misma rodilla, a ver quién da más.

Es posible que todavía no haya acabado de asumir la gravedad de la situación. O, sencillamente, aún no me creo que volviera a suceder. En cualquier caso, esta mañana me he despertado alegre, he comenzado el día bailando con mi hija, Alejandra, y he disfrutado de cada instante antes de verme las caras nuevamente con el doctor Monllau. Me pareció que era el momento perfecto para empezar este relato, justo cuando regreso a la casilla de salida.

Asumo que esto es parte de mi trabajo; con el fútbol sala me ha tocado vivir la mejor y la peor cara del deporte. Cris, mi mujer, me dice a menudo que soy un inconsciente por querer seguir jugando, y ella suele tener razón. Yo sé que mi rodilla está al límite y muchos podéis pensar: «este tío está loco». En mi cabeza también asoman muchas dudas, no lo niego. ¿Realmente podré lograrlo?

Sé que tengo ante mí un partido muy difícil. Entiendo que son muchas operaciones —tercera de cruzados—, que voy camino de los treinta y cinco años y que la mayoría de los deportistas no consiguen recuperar su mejor nivel tras recaer de una lesión así. Muchos hándicaps juegan en mi contra. Existe la posibilidad de que no vaya bien la cirugía o de que no me recupere como en las ocasiones anteriores.

Todo eso ya lo sé, no me canso de oírlo.

Pero, si no me temblaban las piernas antes de un partido decisivo, si no tenía miedo a lesionarme cuando estaba en la pista, ¿cómo voy a temer algo a lo que ya me he enfrentado y a lo que ya he vencido varias veces?

Quiero intentarlo una vez más, estoy convencido de ello. No tengo nada que perder, ni tampoco tengo que demostrar nada a nadie, ni siquiera a mí mismo. Lo haré porque quiero volver a jugar, quiero ser yo quien decide. Deseo volver a vestirme de corto porque amo este deporte. Ese es el verbo clave. Creo que, cuando haces algo de corazón y, sobre todo, cuando eres positivo, todo es más fácil.

Me visualizo a mí mismo, en unos meses, en la rampa del túnel de vestuarios, dominando esa tensión que recorre el cuerpo antes de saltar a la pista. Me veo con la mirada fija en el graderío del Palau Blaugrana, escuchando a los aficionados corear mi nombre. Sueño que juego. Una fantasía tan real que para mí es gasolina.

No voy a fracasar, lo sé. No voy a fracasar simple y llanamente porque lo voy a intentar otra vez. Sé que va a ser

un camino largo y cuesta arriba, y con muchos momentos de montaña rusa emocional. Pero hoy, como antes de cada partido importante, tengo muy presente el consejo de mi padre: da el máximo de ti en cualquier ámbito de la vida. En el deporte, en los estudios, en la vida familiar, tienes que dar siempre el cien por cien. Quizás con el tiempo no consigas lo que querías, pero jamás te arrepentirás de no haber hecho lo suficiente.

Si me tengo que retirar, si mi rodilla dice «basta», me retiraré, pero será tras dejarlo todo en esa lucha y sin nada que reprocharme. No será porque no quise probarme de nuevo o porque tengo tanto recuerdo del dolor que renuncié a enfrentarme a ello. Que sería lícito, claro está, no somos de piedra ni somos robots; solo digo que debemos llegar a nuestro límite y ser siempre la mejor versión de nosotros mismos, aunque todo eso no nos asegure cruzar la meta. En el deporte y en la vida no siempre se gana.

Yo, ahora que estoy a punto de ingresar en el Hospital Universitario Dexeus de Barcelona, muy cerca y a la vez tan lejos de ese Palau que ya echo de menos, tengo muy claro que esta lesión no me va a retirar y que voy a volver a competir. O, por lo menos, sé que voy a ir a por ello con todas mis fuerzas, que pondré todo mi empeño en conseguirlo.

Eso jamás puede acabar en un fracaso.

CAPÍTULO 2

CRACK

«Treinta y cinco segundos para el final, lo intenta Palma a la desesperada. La tiene Marlon, controla el de Canoas evitando que salga el balón por la línea de banda. Detrás suyo ya le encima Adolfo. Ahí está Lozano en la ayuda. Sale bien Marlon, se lleva ese balón dividido. Chocó con el capitán del Barça, cae Lozano, se detiene el juego. (...) Protesta el banquillo una posible falta, aquí vemos la repetición (...) ¡Cuidado que se lo ha hecho solo! No me gusta nada la caída de Lozano, ojo porque puede haberse lesionado de gravedad. Evidentes gestos de dolor del madrileño (...). Parece que está llorando, él mejor que nadie sabe que puede haberse roto. Madre mía, crucemos los dedos para que solo sea un susto, pero me temo lo peor. No me lo puedo creer, no me lo quiero creer. ¡Otra vez no! Busca consolarle Adolfo, se acerca también su excompañero Rivillos. Sin palabras. (...). Nadie merece eso, él sin duda el que menos. Se marcha Lozano al banquillo ab-so-lu-ta-men-te desconsolado. Qué calvario...»

SEMIFINALES DE LA COPA DEL REY DE FUTSAL.

I DE ABRIL DEL 2023.

PABELLÓN FERNANDO ARGÜELLES

DE ANTEQUERA, MÁLAGA.

PALMA FUTSAL - BARÇA.

LOCUCIÓN ORIGINAL DE BARÇA TV

Ese balón era mío. Adolfo estaba apretando muy bien, Marlon solamente tenía salida con el reverso y ahí vi mi oportunidad. A lo lejos arranqué, salté a esa presión para hacer el dos contra uno. Quería sorprenderle y llevarme esa pelota directamente a la portería contraria. Quería rematar el partido. A menos de un minuto para el final, no era momento para reservar nada y yo precisamente no soy —o no era— de los que se emplean a medias tintas. Eso es lo que me ha llevado al éxito tantas veces y esos, los minutos calientes, eran los que más disfrutaba en cada partido.

No le doy vueltas a esa acción, soy así jugando. Voy a cada balón como si fuera el último y hasta el día que me retire seguiré igual. Es mi manera de entender el deporte. Mi forma de competir me hizo ser quien soy y mi pierna derecha me lo ha dado todo. Me ha regalado el triunfo, las alegrías, los goles y los títulos, y también me ha hecho sufrir la cruz de la moneda. Cuando pones tu físico al límite en beneficio del equipo, esas cosas pueden pasar. Normalmente no te llevan cuatro veces a quirófano, cierto, pero a mí me ha sucedido. Ya aviso que, si vuelvo a jugar, volveré a correr ese riesgo. Nunca nadie podrá decir que me he ahorrado un sobreesfuerzo en un entrenamiento o en un partido. Es lo que más orgulloso me hace sentir de mi carrera.

Recuerdo que estaba muy motivado en esa Copa del Rey en Antequera, era un torneo importante para nosotros. Durante el transcurso de la temporada habíamos ganado títulos, pero también nos habíamos llevado algún duro revés. En el vestuario todos sabíamos que no íbamos a fallar y, en ese momento, ya casi teníamos la primera de las dos victorias en el bolsillo.

Sin embargo, cuando el jugador de Palma Futsal se giró, rápidamente intuí que no llegaba a la trayectoria del balón. Teníamos cinco faltas y no quise arriesgar a poner la

pierna por si me pitaban la sexta. Entonces, al intentar quitar el pie, me quedé clavado. Hice un gesto raro. Y *crack*. Salí despedido como un piloto de carreras cuando su potente moto serpentea en una curva.

Cuando quise darme cuenta, ya estaba en el suelo. Fue un segundo para ti, una eternidad para mí. No me gusta ver *a posteriori* esas acciones porque las acabas reviviendo; sientes de nuevo aquel crujido, como si una rama se partiera o el papel de aluminio se arrugara, como el tiro de salida de una cruel maratón. Eres plenamente consciente de que en ese instante se rompe algo más que la rodilla. Cuando escuché ese *crack*, la experiencia me anunció que volvería a estar muchos meses alejado de los terrenos de juego.

Hoy, sin embargo, quise revisar el vídeo para tener una mejor perspectiva de lo que sucedió, ya que en esos momentos parece que estés en otro mundo. Se te taponan los oídos, se te nubla la vista. Escuchas, pero no oyes nada; miras, pero no ves. Recuerdo nítidamente, eso sí, el cariño de todo el mundo que se acercaba mientras yo lloraba en el suelo. Me decían que no sería nada, que estuviera tranquilo. «Lo que queráis», pensé. A mí no me hacía falta ningún diagnóstico médico para saber lo que significaba ese sonido. Único, inconfundible. Solo quien lo haya sufrido sabrá a lo que me refiero. Me había vuelto a romper.

Se acerca Carlos Ortiz, me pregunta sin decir nada y le contesto: «Me he roto la rodilla, otra vez me he roto el cruzado, tío». Veo en las imágenes que abre los brazos, se aleja y ya no vuelve a sonreír en lo que queda de partido. Carlos sabe bien cómo he sufrido. Justo llega Adolfo, que se echa las manos directamente a la cara y se agacha a mi vera. Me susurra: «Amigo, tú eres muy fuerte, vas a salir de esta y vas a volver como lo que eres, el mejor». Sé que estaba afectado, a menudo hablamos y me confiesa que él en mi situación seguramente no lo hubiese aguantado, pero que yo

mentalmente soy capaz de superarlo todo. Ojalá tenga razón.

Mi cabeza repetía incesantemente: «no puede ser, otra vez no». Supe al instante de la gravedad de la lesión y también tuve muy claro, a diferencia de las ocasiones anteriores, que no me iba a retirar así. De hecho, quisieron sacarme en camilla y les dije a los médicos que de eso ni hablar. Quizás era mi último partido como profesional e iba a salir de esa pista por mi propio pie. Estaba destrozado, ajeno a las muestras de cariño y preocupación de mi alrededor, pero esa primera pequeña batalla la iba a ganar. La última imagen del jugador Sergio Lozano no sería tumbado en una camilla. De ninguna de las maneras.

Pasé los últimos minutos sentado en el banquillo, con el brazo de Miquel Feixas rodeando mi hombro, mordiendo una toalla que apenas me secaba las lágrimas y que ni por asomo podía hacerme desaparecer. Recuerdo y agradezco los abrazos de todos mis compañeros, de los miembros del *staff* e incluso de los jugadores de Palma al final del partido. Lo veo en imágenes y me emociona, aunque en esos instantes nada te consuela. Lloraba de pura rabia, realmente no comprendía que me hubiera vuelto a tocar esa lotería perversa. Hacía muchos meses que estaba completamente recuperado, la pierna como nueva y yo disfrutando en la pista. Y en un segundo... el maldito *crack*.

En el vestuario, todo el mundo estaba en riguroso silencio. Allí, fuera de los focos, no había ni una sola muestra de felicidad. De hecho, lo recuerdo como un espacio oscuro, como si ni siquiera la luz quisiera molestar. Era evidente que la clasificación para la final había pasado a un segundo plano. No importaba el resultado, qué más daba la victoria. Con la lesión de cualquier compañero un vestuario siempre se une, y en este caso tan especial, por lo recurrente, era imposible más tristeza. Dyego y Dídac estaban a mi

lado, simplemente acompañando. Recuerdo mirar de reojo a Jesús Velasco. Intuyo que quería darme espacio, estaba absorto, aislado, como si le pesara el cuerpo. No era capaz de preguntarme nada cuando se acercaba. Lo conozco bien, fue mi entrenador en el Caja Segovia en el año 2010, y en su etapa en París coincidimos en un par de ocasiones mientras yo me recuperaba de mi tercera lesión. En su cara vi reflejada la preocupación.

Lo peor fue ver a Cris en el umbral de esa puerta. No llegó a entrar al vestuario. Estaba acompañada de uno de los médicos del equipo y de Claudia, la responsable logística de la sección, quien tenía que esforzarse para contener las lágrimas. Mi mujer estaba muy afectada, tanto o más que yo. Éramos dos personas hechas pedazos, fundidas en un abrazo reparador. Ambos sabíamos lo que se nos venía encima.

Una de las primeras cosas que me dice Cris es que lo puedo dejar si es lo que me pide el cuerpo o el corazón. Que no le debo nada a nadie. No le gusta verme sufrir y, claro está, sabe que vienen meses de padecimiento, ya no solo a nivel físico, sino también psicológico. Duro para mí y desgastador para ella. Sabe por experiencia que me va a tener que cuidar, que ahora no podré hacer nada por mi cuenta, que deberá estar muy pendiente de mí.

Nunca me dirá «te lo dije», aunque soy consciente de que ella lo pasaba muy mal viéndome jugar. Ya fuera por la televisión o en el mismo pabellón, cada vez que me caía al suelo o iba a defender un balón, temía lo peor. Si jugaba menos, mejor para ella; ocho minutos mejor que diez, menos riesgo de lesión. Algún día amenazaba con dejar de ver los partidos, pero sabe que es mi pasión y también le gusta el fútbol sala si yo estoy en pista. Ella, sin duda, es parte de toda mi trayectoria. Cuando salto a la cancha nunca juego

solo, juego con toda mi familia detrás. Cris y Alejandra son ahora mi vida. Y sin Cris, sin ese punto de apoyo tan fuerte, estoy plenamente convencido de que no habría llegado hasta donde he conseguido llegar. Sé que ahora tiene miedo de que vuelva a jugar, que se me meta el bicho competitivo en la cabeza. Creo que es uno de sus mayores temores.

Salí andando del pabellón —lentamente, sí, pero andando—. Recuerdo a un niño que se me acercó justo antes de subir al autobús del equipo. Lo reconocí de inmediato, a ese chico le regalé unas zapatillas tras un partido en Jaén. Me preguntó si me había hecho daño otra vez. «Sí, en la rodilla», le dije tocándole el pelo. Lo que realmente tenía rota era el alma.

Creo que en el pabellón y en ese trayecto de apenas tres minutos en autobús acabé con todas mis reservas de lágrimas. Lloré mucho. Por suerte, fue llegar al hotel y rápidamente cambió mi perspectiva. Recuperé la sonrisa para todo aquel que se acercaba y estuve cenando con los compañeros como si nada, o eso pretendía aparentar.

Pasé un buen rato en el *hall* con Cris, Carlos y su mujer, Marien, nuestros mejores amigos, un tesoro que nos ha dado el fútbol sala. Me regalaron una bolsa enorme de golosinas, saben que me gustan aunque no suelo comerlas, son un buen remedio para endulzar las penas. Hablamos de lo sucedido y también me ayudaron a no pensar en ello sacando otros temas de conversación. Algo difícil al acercarse tantas personas para darme ánimos y preguntar cómo estaba.

Cuando nuestras parejas se fueron a su hotel, y viendo el gentío que reparaba en mi presencia, decidí dar por finalizado ese día. Carlos era mi compañero de habitación en las concentraciones del equipo, somos como hermanos, y entendió también que lo mejor para mí era encerrarnos en zona privada. Habían sido unas últimas horas muy largas, acabé fundido y no me costó mucho quedarme dormido

gracias a la pastilla mágica del doctor. Un cruzado roto no suele doler y eso también facilitó la llegada del sueño.

CARLOS ORTIZ

EXJUGADOR PROFESIONAL DE FÚTBOL SALA

Fue una jugada bastante tonta, al principio nadie pensó que fuera algo tan grave. Yo estaba en la cancha y soy de los primeros que se acerca. Sergio me dice: «la rodilla, la rodilla otra vez», y yo le digo que no, que imposible, que habrá sido un mal gesto. Me costó creerlo, como si esa realidad que me planteaba no fuera una opción. Cuando veo la cara de preocupación del doctor es cuando de verdad lo asimilo, y lo primero que me sale es mirar a la grada donde están nuestras mujeres. Hago un gesto de «Sí, se ha roto», confirmando lo que todo el mundo teme, y veo a Cris que hunde la cabeza entre sus piernas.

No sé si llegó al vestuario un poco más tarde que el resto o tardó mucho en ducharse. Lo que sí recuerdo es verle sentado en el banco, preocupado y medio llorando, más por rabia que por dolor. Nos quedaba a todos ese hilito de esperanza (más bien el deseo) de ver si las pruebas decían que no era tanto como parecía, pero enseguida él fue muy consciente de que se había vuelto a romper el cruzado.

Ya vivimos algo muy parecido en el Mundial de Colombia, cuando también le tocó despedirse del grupo antes de tiempo. Recuerdo que entonces decía que se acabó, que se retiraba, que era la última; esta vez, por el contrario, le vi con otra actitud y predisposición. En el hotel me hablaba de todo lo que vendría, de la soledad en los entrenamientos, de sacrificar las vacaciones... Me lo decía con el semblante y el convencimiento de que se iba a recuperar.

Por suerte yo nunca sufrí una lesión así en mi carrera, no puedo valorar el proceso o cómo superarlo, ni puedo meterme en su piel. Pero Sergio... es que es muy cabezón. Tiene esa per-

sonalidad, esa fortaleza única. Parece increíble ahora mismo, pero le escucho y sé que lo conseguirá y que saldrá adelante y que volverá a las pistas.

Dicen que los humanos deberíamos tener siempre el derecho a decidir nuestro propio destino. Así lo pienso yo, que tengo esa suerte con mi pronta retirada, y creo que esto es lo que más motiva a Sergio ahora mismo: él no soportaría cargar el resto de su vida con el peso de tener que dejarlo por esta cuarta lesión. Tiene muy claro desde el principio que quiere recuperarse y, una vez que esté nuevamente disfrutando del fútbol sala, valorar entonces si le merece la pena seguir o decir: «hasta aquí, se acabó». Él decide, no su rodilla.

Quien realmente estaba hundida era Cris.

CRISTINA RIVERA

ESPOSA DE SERGIO LOZANO

Tengo borroso el antes y el después, han desaparecido de mi memoria, pero cuando quedó tendido en el suelo lo recuerdo perfectamente. Dicen que las emociones muy fuertes, buenas o malas, suelen dispersarse, y sorprendentemente ese momento se reproduce nítidamente en mi cabeza.

Yo lo supe al instante. Supe que se había lesionado otra vez. Hay mil jugadas en las que los jugadores caen al suelo y piensas que se habrán hecho daño y luego acaban en nada. Cuando vi caer a Sergio, era evidente. Fue terrible. Me eché las manos a la cara, me hice un ovillito escondiendo la cabeza en mis rodillas y solamente decía: «No puede ser, no, no, no, no...». Repetía incesantemente: «No, por favor, no, por favor», estaba paralizada y tan solo podía balbucear esas palabras.

Yo sufría mucho como espectadora, especialmente en partidos de alta intensidad. Ese miedo únicamente me lo quité cuando se recuperó de la primera gran lesión, como han hecho tantos otros jugadores. Pero la segunda vez fue un palo muy duro y

desde entonces ya nunca más me pude liberar de ese pensamiento. Una parte de mí siempre pensaba: «hoy puede ser el día en el que vuelva a suceder».

Marien suele decirme que soy la única mujer que no quiere que juegue su marido. Ese día, ¿sabéis qué? Precisamente ese día fue al revés. Algo dentro de mí me dijo: «Disfruta el puto partido. Si tiene que pasar, volverá a pasar, da igual que estés nerviosa o con esa enfermiza angustia hasta que se siente en el banquillo». Tanto cambié el chip que incluso estaba mosqueada: «¿Por qué no le saca? Que hay portero-jugador en pista, ¿por qué no entra?». En qué hora pedí que jugara más ese día, no dejo de pensarlo.

Se me saltaban las lágrimas. Me dio muchísima rabia que así fuera el final de su carrera. Sí, por primera vez asumí que se había terminado. Creo que todos los presentes lo pensamos: se ha acabado cien por cien, hasta aquí hemos llegado. No se me olvidan las palabras de Álvaro Aparicio: «Cris, aunque sea el fin como jugador, Sergio es tan influyente y significa tanto para el fútbol sala que hará otra cosa, todavía tiene mucho que dar a este deporte». Supongo que Sergio también visualizó el adiós, por eso no quería salir en camilla de esa pista. «No merece acabar así», me decía a mí misma. Es que no se lo merece.

Unas horas más tarde, el chico positivo de siempre estaba consolándonos a todos en el hotel. Es tremendo. Era el único que no pensaba en su retirada.

Me preguntaron el otro día: «¿Lo ves jugando otra vez?». Sí, sin duda. No sé cómo ni con qué rol, pero seguro que volverá. «¿Y tú quieres eso?» Tengo mis dudas.

TONI VALLE

CAPO DEL GRUPO DE ANIMACIÓN DRACS 1991

Un mazazo. Se le quedó clavada la pierna y al segundo todos nos rompimos por dentro. Su grito dejó helado al pabellón, especialmente esa esquina donde estábamos los familiares y la afi-

ción. La Copa había terminado para los Dracs. Todo lo demás pasó de forma automática, mecánica, sin alma. Incluso la vuelta a Barcelona fue otra historia. Un simple «volvemos a casa», más pendientes de novedades o de buenas noticias que de cualquier festejo por el título. No nos quedaba ni el derecho a rebelarnos o a encontrar un culpable contra quien sacar la rabia. No había consuelo para algo tan injusto.

Fue como si un director de cine de terror hubiera planificado toda la escena. La cuarta vez, la misma pierna, su mujer presente, nosotros a su lado. Es la vez que más he llorado, seguro, y son muchas las derrotas que he presenciado. Nada me había hecho tanto daño en un pabellón como aquello. Porque Sergio es mi amigo, porque le queremos mucho y porque al instante me puse en su piel y en la de su mujer. Sentí todo ese dolor como si fuera propio.

Intenté averiguar cómo estaba a través de Cristina y Claudia, pensé que era mejor darle tiempo, así que no hablé con él directamente. Podía imaginar su desolación y tenía miedo de que tomara una decisión en caliente. Por la cara de Cris cuando sucedió, sabiendo lo que habían sufrido en otras ocasiones, lo mal que lo llegaron a pasar en casa y la de veces que ella le decía: «Nunca más, Sergio», me aterraba lo que pudiera decidir.

Como máximo responsable de Dracs, lo peor que he vivido ha sido la muerte de cuatro compañeros, uno por enfermedad y los otros en accidentes de tráfico. Eso es incomparable a todo lo demás, por supuesto. Más allá de esas tragedias, no exagero si digo que esta lesión de Sergio probablemente sea de lo más duro en mis cinco décadas de barcelonismo.

Menos de veinte horas después, con la carga emocional del día anterior aún bien latente, regresamos al Fernando Argüelles para disputar la final de Copa contra Cartagena, uno de mis exequipos, donde pasé dos años, del 2008 al 2010. Durante el calentamiento, su numerosa afición, ubi-

cada detrás de nuestro banquillo, empezó a aplaudirme y a corear mi nombre. Fue algo que me emocionó mucho y que recuerdo a flor de piel todavía hoy. Soy afortunado de sentir tanto, tanto y tanto cariño de la gente, incluso por encima de rivalidades, dejando de lado que soy el enemigo, deportivamente hablando, y que pelearé todo y más por ganarlos. Siempre me he sentido querido en muchos campos, pero lo de esos días fue una locura, incluso difícil de asimilar. Todo el mundo se acuerda de ti, te manda ánimos, te dice que lo vas a conseguir y que renacerás más fuerte. Tu equipo, tus fans, también seguidores contrarios se ponen de tu parte e incluso árbitros y deportistas de otras especialidades te mandan su apoyo. Algo habré hecho bien, pienso, aunque a veces me preguntó el qué.

Jesús Velasco quiso que pudiera ver el partido desde el banco, creía que sería bueno para el grupo, pero la normativa dice que, si entraba en la convocatoria, en caso de llegar a la tanda de penaltis podría darse el caso de que me hubiera visto obligado a chutar uno. No faltarían ganas, seguro, aunque a lo mejor hubiera mandado mi pierna al quinto graderío y ya bastante complicada iba a ser la recuperación. No, gracias. A mi pesar, acabé ubicado en una de las primeras filas de aficionados con algunos miembros de nuestro *staff*.

Fue una final de infarto, como suele suceder en nuestro bendito deporte. Quita años de vida, os lo aseguro, pero ¡qué bonito es! Me levanté mil veces, grité, me desesperé, me mordí las uñas, alenté a los compañeros, canté goles y más cosas que no sé si puedo o quiero recordar. Qué fácil se ve todo desde esa posición y qué mal se pasa. Se sufre más estando lejos del parqué, pese a que nos fuimos ganando 0-2 al descanso y parecía que teníamos el partido muy controlado. Jimbee Cartagena reaccionó en la segunda mitad, primero para empatar a dos y después para forzar

la prórroga en el último minuto. El título se complicó muchísimo hasta que un golazo de Pito en el tiempo extra, con dedicatoria incluida, sentenció nuestro triunfo.

Recuerdo el sonido de la bocina, la victoria ya confirmada y la adrenalina disparada. Me abracé con todos los que estaban por allí, algún que otro aficionado se coló en ese bosque de brazos, y luego vi a los compañeros que venían a por mí para que me uniera al grupo. Cuando Carlos me dijo que esa Copa era mía y Dyego me anunció que la levantaríamos juntos, ahí me derrumbé, pensando que no podría ayudar al equipo en un largo tiempo y en todo lo que me volvería a perder.

Me siento muy querido en ese vestuario, luchamos por el bien común y eso une tanto en el éxito como en el fracaso, así que esa celebración fue una de las más emotivas que recuerdo en mi carrera. Las lágrimas de dolor y rabia del día anterior pasaron a ser esta vez de alegría y, sobre todo, de gratitud. Los Dracs, el grupo de animación que nos acompaña allí donde jugamos, entonaban su «Lozano *is on fire*» y yo pude levantar mi séptima Copa del Rey, uno de los muchos momentos que inmortalizó nuestro fotógrafo Víctor Salgado.

Con especial cariño guardo en mi carrete una de sus fotos de ese 2 de abril. En ella se ve el trofeo a los pies de una silla en la que yo estoy sentado, justo en una esquina de la pista, celebrando cómo los compañeros cumplen con el ritual del piscinazo de los campeones. Esa instantánea resume el apoyo que me brindaron durante el fin de semana y demuestra hasta qué punto el grupo es importante en los éxitos de un equipo.

Pese a que yo, por dentro, vivía uno de mis peores momentos deportivos, aquel festejo fue todo un regalo. Haberme roto la rodilla no me convierte durante nueve meses en el hombre más triste del planeta, ¿no? Siempre, tam-

bién en las peores situaciones, puedes sacar algo bonito. Y esa fue, sin dudarlo, una noche muy especial.

Sin embargo, algo me decía que mi aceptación fue demasiado rápida, incluso a mí mismo me sorprendió la madurez con la que había encajado el golpe. Sabía en mi interior que, más pronto que tarde, lo sucedido me iba a pasar factura.

El luto siempre aparece.